

COVID-19: COMPARTIR EXPERIENCIA

Monasterio de la Paix Dieu

El siguiente texto no es una síntesis sino las actas de las reuniones comunitarias. Nos pareció más fácil y rápido informar directamente las palabras de las hermanas.

Un cambio en nuestra vida habitual

- Entre nosotras, había más calma, menos precipitación en los pasillos, la atmósfera era más fraterna porque había menos estrés. El hecho de que ya no pudiéramos acoger significaba que estábamos más cercanas, como más centradas, sin alterarnos por las llamadas externas.
- Menos actividades externas: más entregas, más servicio de cartero, etc.
- Con la ausencia de nuestra cocinera confinada en su casa, tuvimos el placer de beneficiarnos de los dones culinarios de dos hermanas con la sorpresa de unos menús creadores.
- En el camino y alrededores del monasterio: una impresión extraña, una atmósfera pesada, ningún ruido. Por otro lado, se podía contemplar mejor la maravilla de la creación: Pájaros, árboles, hierbas, flores.
- Sin pedidos en los talleres, hice una tregua en mi ordenador, también pude trabajar en el exterior limpiando un muro; lo que me dio la ocasión de descubrir la belleza de una pared de piedras en seco ensambladas hace siglos, delante de nosotras, un vínculo en osmosis con los que la construyeron y vivieron aquí; la oportunidad de saborear la atmósfera de la naturaleza a mi alrededor: oropéndolas, tortugas, abubillas, primeras cigarras. El lugar donde vivimos es hermoso y pude disfrutar del resultado del trabajo de limpieza de madera recientemente realizado por algunas hermanas. Es un equilibrio que el confinamiento nos ha permitido vivirlo.
- Hemos adaptado nuestra vida diaria – liturgia, trabajo, economía, hospitalidad – sin gran dificultad ya que nuestra vida monástica está ya por sí bastante adaptada a esta forma de vida confinada.
- Sin huéspedes ni en la Hospedería ni en la iglesia, sin cocinera porque ella se acoge a un paro parcial, sin pedidos de artesanía, la tienda cerrada, sin citas médicas ni otras salidas habitualmente necesarias: todo esto no tenía precedentes.
- Al comienzo del confinamiento, una afluencia de llamadas, correos electrónicos, nos llegaban por parte de personas solas y ansiosas. Luego, hubo más calma, menos presión, la vida se pudo reanudar con menos estrés relacionado con múltiples tensiones.

¿Puede ser un recordatorio de lo que debería ser nuestra vida monástica?

- Este cambio en nuestra vida diaria me ha hecho pensar en lo que a menudo se dice: "Es mejor ser que hacerlo", pero no es tan fácil de vivirlo porque la pereza es enemiga del alma. Y lo que a veces se dice de los monjes y monjas "estos inútiles" toman aún más fuerza.
- Después de haber presentado algunos síntomas sospechosos, estuve confinada durante 14 días en la vacía hospedería. Fue una experiencia de soledad y de descanso. Tuve el gusto de trabajar durante la catorcena (podar los olivos, limpieza). Experimentar la soledad y luego experimentar la alegría de reunirte con la comunidad.
- Sin huéspedes, sin relaciones con el exterior: algo que ya no era como siempre pero que era una oportunidad de profundizar en la interioridad. ¿Quizás tengamos que mantener este ritmo de la acogida más tranquilo y más reducido, para preservar el equilibrio de nuestra vida monástica?

- Estando habitualmente de hospedera, experimenté un cambio en mi trabajo: reemplacé a la cocinera, y me ocupé del servicio cotidiano de una hermana afectada en su salud mental.
- Sin pedidos en nuestro taller de artesanía... Aproveché la oportunidad para ordenar, y ponerme al día.
- Lo que cambió fue que estábamos siempre juntas: sin salidas para sesiones que fueron canceladas, sin recibir ni obreros, ni artesanos para las reparaciones o las obras, la formación continua con los participantes externos detenida.
- En cierto modo, el periodo que estamos viviendo desde el 11 de mayo con el “desconfinamiento” es más exigente y pesado, sobre todo en la Hospedería y la tienda: desinfección de locales, llevar mascarilla, limitación del número de personas en la iglesia, llevar lista de inscritos para la misa del domingo.
- He leído muchos artículos sobre la situación sanitaria: es una forma de estar en contacto con todas las personas afectadas por este virus. Sin trabajo en los talleres me ocupé de una atención telefónica: algunas personas pensaban que era un castigo de Dios. Sin embargo, con el confinamiento que duraba, me daba cuenta de la falta de trabajo y de ocupaciones.
- Ya no nos abrazamos para las fiestas de las hermanas o en las grandes fiestas litúrgicas, donde ya no podemos expresar nuestros sentimientos a causa de guardar la distancia física: se echa en falta.
- En el monasterio, el confinamiento no cambió mucho nuestras vidas, a diferencia de la mayoría de las personas que tenían que quedarse en casa.
- La gente estaba preocupada por nuestra salud y nos pedían noticias.
- Durante el confinamiento: más aviones en el cielo, poco tráfico, un silencio muy denso: un signo fuerte de que algo estaba cambiando en nuestro mundo.

La preocupación

- Participé en una sesión en febrero y temía haber traído a mi regreso el virus a la comunidad.
- Tiempo de angustia, especialmente al principio.
- Preocupación por los miembros de mi familia que estaban expuestos en tanto que sanitarios.
- Ha habido muchos fallecidos y no conocemos el futuro: esto aún no ha terminado.
- Preocupación por nuestra economía porque durante el tiempo de confinamiento e incluso al principio del desconfinamiento, no tenemos pedidos para los talleres: ¿cuál será el resultado de nuestra ya frágil economía?
- Con este COVID-19, ya no se habla de la “3ª edad” o de “personas mayores” o de “seniors” se les llama con un nombre nuevo: “¡personas vulnerables!”
- Estaba preocupada por la hermanas más mayores y más frágiles de la comunidad: al principio decían que eran los mayores de 80 años los que tenían más riesgo, después que los mayores de 70 años, luego los de 65 años y yo me preguntaba: ¿a dónde van a llegar?
- También llegaban informaciones muy seguidas del CORREF (Conférence des Religieux et Religieuses de France), y del SDM (Le Service Des Moniales de France) que en ciertos momentos eran un poco angustiadas.
- Las noticias sobre comunidades que fueron duramente golpeadas por la enfermedad nos mantuvieron en comunión de oración

Proyectos cuestionados

- Mi profesión solemne, que debía haber sido el 20 de junio, tuvo que ser aplazada debido a los riesgos para la salud de las personas frágiles que tenían que participar y a la distancia física que reducía el número de plazas disponibles en nuestra iglesia.
- El hortelano voluntario que nos estaba ayudando en la huerta no podía venir a ayudarnos con sus habilidades, y no podía ir a comprar semillas y plantas con lo que la producción de la huerta se vio afectada.

Un acontecimiento hecho «signo»: ¿por qué Señor?

- Como todos, nosotras estamos conmovidas, cuestionadas, preguntadas por la gravedad de la situación y sus consecuencias que plantean preguntas desde todos los puntos de vista: el mal nos visita a todos, en todo el mundo.
- Muchos artículos, innumerables hablan en sus pensamientos, reflexiones, plumas, para expresar qué pensar al respecto, en conclusión. Las reflexiones más sabias abundan en las revistas más serias en todos los aspectos: sanitarios, morales, científicos, filosóficos, religiosos en sentido común como en tonterías. Estas reflexiones son muy relevantes e interesantes, lo que demuestra precisamente que hay algo serio y una toma de conciencia.
- Ayudan estos que nos cuestionan a pensar en esta pandemia no como un castigo (a menudo mencionado) sino como una advertencia o al menos una señal para abrirse a una búsqueda eficaz sobre las causas y remedios que nos deben conducir a: una experiencia de salvación.

La liturgia

- La ausencia de huéspedes para participar en nuestra oración cotidiana, los domingos sin asamblea, habitualmente numerosa, ha creado un ambiente especial.
- Sin huéspedes ni visitantes en la iglesia, es muy relajante.
- En la liturgia de la Semana Santa con algunos ritos suprimidos y sus “atajos”: era más ligera, pero al mismo tiempo se sentía una sensación de falta.
- El gesto de darse la paz para expresar la Paz de Cristo, eso se echaba en falta.
- Llevar la mascarilla en la misa del domingo o cuando la asamblea es numerosa, me molesta y no me gusta mucho.

En comunión con nuestro mundo que sufre

- Ha sido importante ver conjuntamente los programas sobre el contexto de la salud en Francia, Europa y el mundo, para seguir las noticias concretas y documentadas.
- He vivido este tiempo de confinamiento en comunión con tantas personas en la prueba : familias numerosas viviendo apartamentos muy reducidos, a veces con violencias hacia las mujeres o los niños, problemas de escolaridad cuando los padres no están en condiciones de ayudar a los niños, personas mayores privadas de visitas, funerales con participación reducida o incluso una única persona de la familia, la pérdida de puestos de trabajo para muchos trabajadores, y por otro lado, los empleos que exigen una sobrecarga de trabajo con un riesgo añadido en el sector sanitario, y países de extrema pobreza afectados por la epidemia.
- Pensé mucho y oré por todos los afectados por este virus, por todos los muertos, sus familias y sus cuidadores. Me sentí cerca y en comunión a través de la oración.
- En estrecha comunión con los sanitarios, con los que ayudaban, y asistían a los que no podían salir.
- Oré mucho por el mundo, para que vuelva a Dios, por la conversión de todos nosotros.
- La atención telefónica con especial esmero de las personas que querían ser escuchadas con la necesidad de compartir lo que estaban pasando durante el confinamiento.
- La espera de nuestros «feligreses del domingo» que estaban a la espera de la reanudación de las misas.
- La preocupación de muchas personas por ayudarnos financieramente y de hacerlo efectivo a través de donaciones, incluso pequeñas.